

DE DRAGONES Y HOMBRES

DAVID L. CORTÉS

CAPÍTULO I

Barandala, la de los tejados azules, como la llaman a menudo los bardos y juglares, se alza majestuosa a orillas del Karamay, que desciende imparable desde los altos picos de Róborar hasta desembocar en el Golfo Dorado. Sus puertas se abren por el norte al Camino Rojo que lleva hasta la cumbre de Tierra Alta; por el sur al Camino Blanco, hacia la lejana Cordillera de los Reyes; y por el este al Camino del Príncipe, que conduce hasta la capital del reino, la majestuosa Báratar.

Pero ya hablaremos más tarde de las maravillas del Reino de Barabia, descendiente del legendario Imperio Dorado. Centrémonos ahora en Barandala la Bella, con su imponente muralla, sus torres de piedra, sus puentes y sus estandartes. En una pequeña colina en la ribera norte del río se alza el corazón de la ciudad, el castillo de Lunagrís, hogar del Duque de Barandala. Desde allí descienden apelotonados los lujosos edificios de los barrios más ricos, con sus hermosos techados de un

azul intenso que hacen famosa a la ciudad. Continuando colina abajo entre estrechas callejuelas, a la sombra de los balcones decorados con frondosas flores, saltando por las escalinatas junto a niños de tierna sonrisa, llegaremos hasta la magnífica Plaza del Mercado. Aquí se dan cita a diario los comerciantes para ofrecer sus estimadas mercancías; Barandala, en el centro del reino, reúne a menudo a los más variados buhoneros, venidos desde tierras tan lejanas como Aradia y Kamulia. Las calles son ahora más anchas, pues a menudo tienen que permitir el movimiento de carrozas, tartanas y charretes, tirados por cansados mulos que tienen la desagradable costumbre de hacer sus necesidades donde más les conviene, dejando a algún zapato despistado la desagradable tarea de esparcir su mensaje. Desde la misma plaza podemos tomar la Vía del Oro, una amplia avenida que nos llevará hasta las orillas de río, en el Muelle de los Pescadores, para cruzar las profundas aguas del Karamay a través del imponente Puente del Rey. Más allá, la Vía del Oro atraviesa el lado sur de la ciudad para alcanzar las Puertas Blancas y continuar hacia el Sur. Precisamente en esta parte de la ciudad, en la orilla sur del río, encontramos el Barrio de los Mendigantes, la zona más pobre de Barandala. Aquí se hacinan los que no tienen nada, los que sobreviven en las calles con la caridad de otros, los que están dispuestos a realizar cualquier trabajo que les permita llevarse algo a la boca. Aquí se encuentra la posada del Cuerno Roto.

El Cuerno Roto ocupa un edificio de tres plantas, tan torcido y resquebrajado que sus vecinos se asombran cada mañana de que todavía siga en pie. La fachada principal mira al río, y cuenta incluso con un pequeño embarcadero de madera oscura que croa como

un sapo a cada pisada. La planta baja de la posada es un gran espacio diáfano calentado por tres grandes fuegos, donde los parroquianos comen, beben, gritan, juegan a los dados y, más a menudo de lo que sería deseable, se enzarzan en violentas peleas inflamadas por causas tan graves como sugerir que la cerveza está caliente y no tibia. La posada cuenta con cinco grandes mesas de robusta madera cuya resistencia ha sido puesta a prueba más de una vez, largos bancos y burdos tapices de dudosa calidad adornando las paredes —en numerosas partes rasgados, sucios y descoloridos—.

Los dueños de tan respetable establecimiento son Lisio y Cohores del Cuerno Roto, una entrañable pareja famosos por ser capaces de levantar la voz por encima del estruendo de treinta hombres borrachos como cubas, y sus cinco hijos: Balindrón, Baliana, Beliates, Birio y Brasca. Cohores es la encargada de la cocina, donde la ayudan sus hijas Baliana y la pequeña Brasca, de sólo seis años. Lisio se encarga de la barra y de mantener el orden, si es que alguna clase de orden existe aquí, y sus hijos Balindrón, Beliates y Birio colaboran en diversas tareas de transporte de mercancías y asistencia a los viajeros.

Tan laboriosa familia, sin embargo, a menudo no es suficiente para llevar las riendas de un negocio tan popular como el Cuerno Roto, por lo que Lisio tiene normalmente uno o dos mozos que se encarguen de las desagradables tareas de limpieza, especialmente en las habitaciones, donde los clientes acostumbran a hacer devolución de la cena cuando ésta no ha sido completamente de su agrado —o cuando el alcohol les ha intoxicado la sangre hasta el punto de no hacer posible la digestión de ningún alimento—.

En el momento de comenzar este relato, el Cuerno

Roto daba trabajo a dos voluntariosos mancebos que se encontraban limpiando una de las habitaciones del primer piso, donde la paja que hacía las veces de cama necesitaba ya un cambio desde hace varios días.

El primero de ellos respondía al apodo del Galgo, debido a su físico alto y flaco, con largas extremidades, grandes ojos oscuros y una mirada inocente. El segundo, muy a su pesar, era conocido como el Tonto, un apodo que había heredado de su padre, y éste a su vez del suyo, que fue sin duda alguna un personaje de difícil razonamiento. Tanto que una vez, asustado de la oscuridad durante una tormenta, le prendió fuego a sus muebles para tener algo de luz y dio pie a la llamada Quema de los Mendigantes, el mayor incendio que ha sufrido el barrio en época de paz.

—Esta paja apesta a más no poder —exclamó Falsimir el Galgo con gesto de disgusto—. ¿Cuándo se decidirá Lisio a cambiarla?

—Posiblemente cuando los Tres Castores se deshaga de su paja sucia —respondió Dídimo el Tonto refiriéndose a la mejor posada del extremo sur de la ciudad.

—Ya estoy harto de este trabajo. Nos pasamos el día removiendo mierda.

—¿Y qué esperabas, viviendo a este lado del río?

—Como si fuese sencillo encontrar trabajo en la ciudad alta.

—La ciudad baja también tiene sus ventajas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo —dijo el Tonto bajando la voz y mirando a su alrededor, como si se dispusiera a revelar un gran secreto—, somos los primeros en saber que la compañía de Debin ha llegado a la ciudad por la Puerta Blanca, y se alojan en los Tres Castores.

—¿La compañía de Debin? —preguntó el Galgo confuso.

—Ah, claro, tú sólo llevas unos meses aquí y no los conoces. La compañía de Debin era muy popular en la ciudad cuando yo era sólo un muchacho. Después se volvieron algo aburridos y repetitivos, y hace tres años dejaron Barandala con la promesa de regresar con un nuevo espectáculo.

Los ojos del Galgo se abrieron de par en par ante la expectativa de una feria ambulante, con sus acróbatas, malabaristas, actores y magos.

—Según he oído, van a realizar una actuación improvisada esta noche junto al puente del Rey, como aperitivo a su espectáculo principal.

—¡Genial! —exclamó el Galgo—. Podemos ir en cuanto acabemos aquí. Buscaremos a Hissana, seguro que ella también quiere venir.

—Ah, y seguro que quieres que os deje solos a los dos en algún momento, ¿eh?

—Jaja, tal vez, amigo mío. Tal vez.

A media tarde, Falsimir y Dídimo habían terminado su trabajo en el Cuerno Roto y las habitaciones estaban listas para acoger a los inquilinos por una noche más. Los dos jóvenes recibieron su magra paga y, llenos de alegría y excitación, salieron a las calles de la ciudad.

Una estrecha calle llevaba desde la posada hasta la calle del ahorcado, una de las más transitadas del barrio, famosa por un antiguo cadalso que en la actualidad era utilizado como parque infantil por los niños más valientes.

—Te reto a una carrera hasta casa de Hissana —dijo

Falsimir, y de inmediato los dos jóvenes comenzaron a correr calle abajo cual liebres salvajes, esquivando viandantes y mendigos, mulos y perros vagabundos, carros, carretillas y puestos de verdura en sus últimas horas de venta.

Atajando por un estrecho callejón su carrera les llevó hasta una pequeña plaza cuadrada rodeada por cuatro edificios, el más alto de los cuales tenía tres pisos de altura. En la planta baja de cada uno de ellos se abría un amplio arco que dejaba ver el interior de un taller, y hacia el exterior se exponían las mercancías: cueros bovinos tensados en armazones de madera, dejados a secar tras haber sido remojados en orina. Era la Plaza de las Tenerías, aunque bien podría ser llamada Plaza de la Tenería, en singular. Rógnar Pielseca era el dueño del mayor taller de la plaza, y los otros tres estaban a cargo de su hijo mayor, su primo y su cuñado, lo que equivalía a decir que Rógnar era el dueño de las cuatro curtiembres, además de máximo responsable del gremio de curtidores. También era el padre de Hissana.

Falsimir fue el primero en llegar a la plaza, seguido por Dídimo, que era de menor estatura y tenía las piernas cortas y zambas. Un olor acre infestaba la plaza, fruto del trabajo constante de las tenerías.

—Gané —dijo el Galgo mientras ambos recuperaban el aliento—. Tú pagas la cena, Dídimo.

—Solo si no vuelves a devorar un pollo entero como hiciste el mes pasado.

—Un buen apetito es prueba de fuerza y salud.
—Falsimir se golpeó el pecho con orgullo.

A continuación los dos jóvenes se adentraron en el taller de la cara norte de la plaza, el más grande de los cuatro. Allí encontraron a Girion Pielseca, uno de los hijos menores de Rógnar, raspando con un cuchillo los

restos de pelo de una gran pieza de cuero a medio curtir.

—Hey, Girion —saludó Falsimir en tono amigable—. ¿Está tu hermana Hissana por aquí?

—Ha salido a hacer un encargo. —Girion observó a Falsimir con gesto despreciativo. El joven aprendiz tenía sólo trece años, pero no necesitaba más para darse cuenta que el Galgo, un simple inútil que limpiaba la mierda en una posada de mala muerte, andaba detrás de su hermana mayor. La idea le resultaba bastante repulsiva, ya que la familia de Pielseca había trabajado duro para ser una de las más ricas del barrio y ninguno de sus miembros quería ver a la hermosa Hissana relacionándose con un perdedor sin oficio ni beneficio. Sin decir una palabra más, Girion le dio la espalda a Falsimir y continuó con su trabajo.

El Galgo hizo caso omiso y dio media vuelta. A la entrada del taller esperaba Dídimo, admirando una densa piel de lobo.

—No está aquí, pero seguro que volverá enseguida —dijo el Galgo.

—¿Eso te ha dicho el mocoso?

—Más o menos. No parece estar muy contento de verme...

—Para ser tu futuro cuñado —interrumpió Dídimo, y estalló en una carcajada sonora.

—Oh, ¡cierra la boca ya! Mira quien viene por ahí.

Mientras permanecían de pie frente al taller los jóvenes vieron aproximarse a dos imponentes figuras. Una era un hombre maduro, de casi seis pies de alto, con enorme corpachón y una protuberante barriga. Su rostro representaba una mueca ceñuda, la viva imagen del enojo, con unas tupidas cejas negras apretadas sobre unos ojos pequeños, oscuros, hundidos en un rostro

protagonizado por un frondoso mostacho cuyos extremos se curvaban hacia arriba. El otro era joven, pero aún más amenazador. Medía más de seis pies de alto, con anchas espaldas y una tupida cabellera negra que le ensombrecía la mirada. Ambos vestían con elegantes y costosas pieles, pero de modo estrafalario. El más joven llevaba un arco largo a la espalda y cargaba sobre su hombro un petate de sangrantes pieles sin curtir. Eran Rógnar y su segundo hijo mayor, Rónkar.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos por aquí? —dijo Rógnar canturreando con un tono de burla—. Pero si son maese galgo hambriento y su escudero, tonto del bote. ¿Puedo saber qué os trae a mi humilde establecimiento? Me temo que esta temporada no tenemos nada que vuestros modestos bolsillos se puedan permitir.

Falsimir sintió enrojecerse de ira durante unos instantes, pero guardando la compostura tragó saliva y respondió con tanta amabilidad como le fue posible.

—Lo cierto es que hemos venido a ver a vuestra hija Hissana, maese Pielseca. Queríamos invitarla a acompañarnos al espectáculo de artistas que actuarán esta noche en el Puente del Rey.

—Oh, siento decepcionarte chico, pero estoy seguro que mi hija tiene mejores cosas que hacer que perder el tiempo con un par de ratas como vosotros.

—Con todos vuestros respetos, me gustaría saber eso de boca de la misma Hissana.

—¡Ja, ja! —rió Rógnar, y con él su hijo Rónkar—. Y así será, muchacho. Mira, te voy a dar un consejo —Rógnar se acercó a Falsimir, poniendo una mano en su hombro y susurrándole a una distancia demasiado corta para la comodidad del Galgo—. Aquí ves a mi hijo

Róncar —señaló con un gesto de cabeza al enorme cazador—. Nunca le interesó el negocio de la curtición, pero ¿qué ha hecho? ¿Se ha convertido en un holgazán que vive a mis expensas? No. ¿Vive soñando con ser alguien importante algún día? ¿Salvar el mundo?, ¿conocer a magos y ver dragones? No, no y no. ¿Se dedica a barrer suelos y cortejar a mujeres que están fuera de su alcance? No. ¿Qué ha hecho, pues? Se ha convertido en un cazador. Se ha hecho un hombre. Solo con su arco y su cuchillo es capaz de hacerse con media docena de pieles de lobo en una sola jornada. ¡Eso es ser un hombre, muchacho! ¡Eso es ser alguien de provecho! ¿Cuándo vas tú a traerme pieles y trofeos? Aparece aquí ante mí con un buen fardo, demuéstreme que eres un hombre de verdad, y entonces, sólo entonces, consideraré si eres o no digno de una de mis hijas.

Y dándole una fuerte palmada en la espalda, Rógnar se alejó hacia el interior de su taller, seguido por su hijo Róncar, que miró a Falsimir y emitió una risa bobalicona.

—Maldito Rógnar del demonio —dijo Falsimir en voz baja.

—No le hagas caso —dijo Dídimo, tratando de consolar a su amigo—. Si hay alguien a quien le gusta hacer la puñeta al viejo Rógnar, esa es Hissana. Cuanto más le disguste al viejo, más tiempo pasará ella con nosotros. Hablando de quien...

Dídimo le dio un rápido codazo a Falsimir y señaló con el dedo hacia el extremo sur de la plaza. La gente, de un color gris pardo, se apartaba a un lado y a otro para dejar paso a una figura envuelta en refulgentes malva, rojo y dorado. Con su larga cabellera del color del trigo en verano y sus brillantes ojos azules, Hissana

caminaba con el porte de una princesa, lanzando ardientes miradas y destellantes sonrisas a un lado y otro, devolviendo saludos y aceptando cumplidos sin ruborizarse. Tenía la piel pálida y suave, los labios gruesos y rosados, la frente alta y una mirada viva que no se parecía para nada al mezquino gesto de su padre.

Dando alegres saltitos, Hissana se acercó hasta sus amigos y los saludó con una amplia sonrisa.

—¡Dídimo! ¡Falsimir! Qué alegría veros. ¿Sabéis que hay una feria ambulante en el barrio? ¡Es la compañía de Debin!

—Precisamente veníamos a ver si te apetecía venir a verlos esta noche —se apresuró a decir Dídimo—. Actuarán en el Puente del Rey a la caída del sol.

—¡Oh! Eso suena genial. —El rostro de Hissana se iluminó de alegría y Falsimir sintió su corazón elevarse por unos instantes. Entonces recordó la opinión del padre de la chica.

—Tu padre no estaba muy convencido de que quisieras venir con nosotros.

—Ah, papi es como un perro viejo que se vuelve más gruñón cuanto más pasan los años. Esperadme en el cruce de la Vía del Oro y me reuniré con vosotros en unos minutos.

Con un guiño coqueto, Hissana desapareció para perderse en las sombras del interior del taller de Rógnar Pielseca.



CAPÍTULO II

Buenos días, Señor Bigotes —dijo la muchacha— ¿Cómo se encuentra usted hoy? ¿Ha pasado buena noche? Seguro que ha estado fuera hasta bien entrada la madrugada, ¿eh? No tiene usted remedio, Señor Bigotes. ¿Y dónde está Calzasblancas? La última vez que la vi estaba con usted y ahora ha desaparecido. Bueno, seguro que volverá pronto. Espero que haya encontrado una buena cena, Señor Bigotes, porque me temo que yo no tengo nada para usted hoy.

La muchacha rascó la cabeza del gato de pelo oscuro y deslizó su mano bajando por el cuello hasta la cola erguida. El Señor Bigotes emitió un leve ronroneo y comenzó a restregarse por las piernas de la chica, que se puso de pie y extendió los brazos con un largo bostezo. Todavía se encontraba algo soñolienta, y eso que el sol ya debía de estar alto en el cielo, a juzgar por la cantidad de luz que se filtraba entre las viejas vigas derrumbadas.

Esta joven, apenas una adolescente de cuerpo

menudo, ojos grandes y costoso despertar, se llamaba Luda, y se encontraba en la que consideraba su casa, una pequeña estancia con paredes de piedra oscura y numerosos restos de madera calcinada. Luda tenía la tez manchada por el hollín que a menudo decoraba también sus manos, y eso hacía relucir más sus dientes grandes y blancos. Su pelo, de color castaño oscuro, estaba cortado a trasquilones, bastante corto —lo que resultaba más práctico para combatir los piojos—, y dejando caer algunos mechones más largos para hacerla sentir algo más femenina. Alejándose con pasos cortos y perezosos del pequeño nicho donde pasaba las noche, un antiguo hogar con un arco de piedra cuya chimenea estaba colapsada, se aproximó a la pared norte y trepó por los restos de madera y piedra hasta un pequeño hueco bajo el entramado de vigas negras que sostenían lo que quedaba del techo, que podía considerarse bastante sólido si no había caído ya. Colándose por el hueco, descendió por un estrecho espacio entre dos muros de piedra hasta una sala del piso inferior, donde el suelo de madera había sido devorado por las llamas algunos años atrás. Moviéndose con facilidad, acostumbrada como estaba a aquellas superficies inestables, Luda se balanceó por entre los restos de madera quemada, bajando con cautela por una gruesa viga hasta la planta baja. Aquí miró a su alrededor para comprobar que no había nadie a la vista, pues esta parte del edificio a menudo servía de refugio a aquellos que no tenían otro techo donde dormir, pero a estas horas cercanas al mediodía los discontinuos inquilinos estaban todos repartidos por el barrio, ganándose el pan del día y algunos hasta trabajando.

La muchacha se dirigió a la parte trasera de la estancia y, encaramándose a una pila de viejas maderas

podridas que bloqueaban parcialmente una puerta, salió a un patio luminoso formado por un pequeño huerto de tierra cenicienta rodeado por un bajo muro de mampostería. Dirigiéndose hacia su derecha, saltó el muro sin esfuerzo y avanzó por un estrecho callejón hasta una calle más transitada.

A sus espaldas había dejado lo que quedaba del antiguo templo de Abiezer, que fuera construido hace mucho tiempo con la intención de proporcionar asistencia a los necesitados habitantes del barrio y que ahora, después de haber sido consumido por las llamas varios años atrás, cumplía su función más que lo hiciera nunca bajo la administración de los sacerdotes. Era mediodía en el extremo suroriental del barrio de los mendigantes, por las calles se hacinaban los mendigos, los enfermos, los desposeídos y los sin techo, y por qué no también los oportunistas, ociosos, haraganes y descuidados. Un cálido aroma a pan recién hecho guió a la muchacha por las laberínticas travesías hacia uno de los hornos que alimentaban al barrio. Una docena de mendigos, tullidos y famélicos, cubrían el suelo a la entrada del establecimiento, rogando por unas pocas migajas. Ocasionalmente, alguno de los clientes salía repartiendo una hogaza de pan, que los mendigos devoraban con avidez.

Luda escuchó sus tripas rugir. Sentía un hambre atroz, pero no tenía nada con lo que comprar comida. Tampoco estaba enferma ni mutilada, por lo que no podía aspirar a compartir espacio con los incapacitados. Su cuerpo, aunque raquítico, era ágil y fuerte, y Luda gozaba de juventud y buena salud. Muchos le dirían que debía ponerse a trabajar, pero ni siquiera en el barrio de los Mendigantes había nadie que quisiese dar trabajo a una chica hambrienta, de pelo grasiento y ropas

andrajosas. Su única oportunidad de trabajar sería entrando a servir en la casa de algún mercader pudiente, donde sin duda alguna sería tratada como una esclava, obligada a trabajar horas sin fin, a dormir en el frío suelo y a complacer los depravados deseos de su señor. No, antes que eso prefería seguir viviendo en las calles, como había hecho durante los últimos cuatro años.

Tratando de retirar de su mente las imágenes de bollos tiernos que el hambre sugería, Luda se puso en camino rumbo al este. Dejó a su izquierda la Calle Alta, que ascendía en una suave pendiente y, correteando por las callejuelas, alcanzó la orilla del río. Se encontraba a los pies de una elevada estructura de piedra que sostenía el Puente del Príncipe, una magnífica obra que atravesaba el Karamay describiendo un elegante arco. A su derecha estaba próxima la muralla sur de la ciudad, que discurría varios cientos de pasos paralela al río hasta encontrar una de las Torres Hermanas Sur, las dos torres que vigilaban sobre las aguas del Karamay en el extremo meridional.

Luda descendió unos escalones excavados en la roca hasta alcanzar el borde del agua, donde varias mujeres que lavaban la ropa la miraron con gesto hostil. La muchacha hizo caso omiso de las miradas y se arrodilló al borde del río, tomando agua con sus pequeñas manos para lavar su rostro y saciar su sed. Las mujeres murmuraron algo, lo bastante fuerte para que Luda se percatase de sus voces pero no tanto como para que entendiese sus palabras.

La muchacha terminó de beber y se marchó por donde había venido, sin mirar a las mujeres, que continuaban murmurando mientras la seguían con la mirada. Sus tripas todavía rugían y pensó en algún modo de conseguir algo que llevarse a la boca. Pronto

se le ocurrió dónde podría encontrar el desayuno.

Caminando deprisa entre las atareadas gentes la muchacha llegó hasta una calle estrecha y oscura, donde la humedad se pegaba tercamente a la parte baja de los muros. Al otro extremo encontró un pequeño establo con un simple tejado de madera y el suelo cubierto de paja húmeda y maloliente, desde donde se veían las aguas del río y el viejo embarcadero de la posada del Cuerno Roto. No había nadie salvo una vieja mula, así que Luda se agazapó en un rincón, sentada sobre el suelo mojado, abrazando sus rodillas, y esperó.

Al rato se abrió una puerta junto a los establos y apareció un chico de unos doce años cargando un pesado cubo de madera. Luda se incorporó rápidamente y salió a su encuentro.

—Hey, Birio, ¿quieres que te eche una mano?

—¿Qué quieres, Luda? Hoy tengo mucho que hacer.

Luda se acercó al chico y agarró el cubo para compartir su peso.

—No quiero entretenerte, pequeñajo. Puedo ayudarte, ¿ves? Es mucho más fácil llevar este cubo entre dos, se reparte el peso y es menos esfuerzo para cada uno. Ayudarse unos a otros es bueno, ¿verdad? Yo te echo una mano cargando estos pesados cubos y tú puedes ayudarme a mí también, si quieres. Aunque, ¿por qué no ibas a querer? Somos amigos, ¿no? Los amigos están para eso, para echarse una mano cuando hace falta.

—¿Qué es lo que quieres?

—Pues... ¿no tendréis algunas sobras en la cocina? No he comido nada desde ayer, y esta mañana cuando

he salido he notado enseguida el olor de pan recién hecho en el horno de Carambán y me he dicho “diántres, qué bien huelen esos bollos calientes”, pero claro, no tengo nada de dinero para comprar bollos calientes así que he bajado al río, pero mis tripas están rugiendo y he pensado que en la cocina de la posada seguro que hay algunas sobras, no hace falta que sean bollos calientes ni pan recién hecho, solo algo comestible.

Mientras hablaban, los dos jóvenes llegaron a la orilla del río y volcaron el contenido del cubo a las oscuras aguas. A su lado estaban las letrinas, donde se podía oír a alguien haciendo un esfuerzo hercúleo en un menester que nada tenía de heroico. Luda y Birio se miraron y, conteniendo la risa, volvieron hacia la entrada lateral de la posada.

—Miraré a ver si encuentro algo. Tú espera aquí, Luda.

—¡Gracias! Eres mi héroe...

Birio desapareció por la puerta y Luda se apoyó sobre el pequeño muro de adobe que formaba el establo. Un hombre sudoroso salió de una de las letrinas junto al río asegurando un cinto que le ceñía el sayo y se encaminó con discreción hacia la entrada principal de la posada. Luda escuchó entonces una voces provenientes de una calle aledaña y se quedó petrificada por un momento, pues le resultaron extremadamente familiares.

Por una esquina frente al establo apareció un grupo de cinco jóvenes. A la cabeza iba un muchacho de unos dieciocho años, alto y delgado, de hombros anchos, con una gruesa mata de pelo negro rizado. Caminaba con prepotencia, como si fuese el mismísimo Duque de Barandala, pero sin la gracia y compostura que

identifican a la nobleza. Lo suyo era más bravuconería y fachada, autosuficiencia y ganas de impresionar. Sus acompañantes eran algo más jóvenes y ninguno le superaba en estatura, y caminaban con la confianza que da el contar con los camaradas.

Luda sintió el deseo de esconderse rápidamente, pero antes que pudiese actuar, uno de los miembros del grupo la reconoció y señaló con el dedo. La muchacha se quedó paralizada mientras el grupo se acercaba saltando el pequeño muro del establo. Luda tragó saliva y se esforzó lo más que pudo por mantener la compostura.

—Vaya, vaya —dijo el líder del grupo—. ¿A quién tenemos aquí? Pero si es la pequeña ladrona, ¿todavía no te han cortado las manos?

Luda trató por un instante de sostener la mirada de su interlocutor, pero la apartó rápidamente incapaz de mantenerse fría. No dijo nada.

—A lo mejor lo que le han cortado es la lengua —exclamó otro de los chicos, haciendo a todos reír.

—Nah, eso sería demasiado bueno —respondió el líder haciendo reír aún más a sus compinches—. ¿Qué haces por aquí, enana?

—No es asunto tuyo. —Luda trató de sonar fuerte, pero su voz era temblorosa y quebrada.

—Lo será si me da la gana —respondió el líder con aire chulesco.

En ese momento, la puerta de servicio de la posada se abrió y apareció Birio con varias rebanadas de pan duro y un pequeño pellejo a medio llenar. Traía una cálida sonrisa que se congeló al instante al descubrir a la banda de gamberros que rodeaba a su amiga.

—¡Aha! —exclamó el líder de la banda—. Vaya, vaya, así que de eso se trataba. El pequeñajo hijo del

posadero te está consiguiendo algo de comida, ¿eh?

Birio trató de dar media vuelta y volver por donde había venido, pero otro de los jóvenes se apresuró a situarse entre el chico y la puerta para cortarle el paso.

—Dame eso que llevas, chaval —le espetó el líder a Birio, extendiendo su mano. El pequeño negó con la cabeza—. ¡Je! Tenemos un valiente.

El joven que le cortaba la retirada a Birio le dio al chico un fuerte empujón, lanzándolo hacia los demás, que lo agarraron y le arrebataron de las manos el pan y el pellejo. El líder le propinó un fuerte cachete y de una patada lo tiró al suelo.

—Gracias por el almuerzo —dijo mientras se alejaba riendo con sus compañeros.

Luda se acercó corriendo al lado del pobre chico que había comenzado a llorar y sintió una rabia que le removía las entrañas. ¿Por qué tenía que ser él tan mezquino? ¿Y por qué tenía que ser ella tan cobarde? No tenía claro si lo que le dolía más era el ver cuán ruin podía ser el jefe de los gamberros o el pensar que una vez ella había sido su pareja.

—No te preocupes, Birio —dijo Luda ayudando al chico a levantarse—. Gracias por conseguir algo de comida para mí, siento mucho lo que ha pasado...

Pero Birio se deshizo de la ayuda de Luda con un gesto brusco y, dejando escapar una exhalación de rabia, se encaminó al interior de la posada sin siquiera mirar a la muchacha. Luda comprendía que el chico se había metido en problemas por su culpa, por querer ayudarla, porque ella le había pedido ayuda. Caminando despacio y cabizbaja, volvió a las ajetreadas calles y se perdió entre el gentío del barrio de los mendigantes.

El líder de aquel pequeño grupo de gamberros —aunque en realidad se trataba un grupo bastante mayor— se llamaba Hiena y se consideraba a sí mismo el Señor de las Calles de Barandala. Él y su banda vivían de la escasa seguridad que existía en el barrio de los mendigantes; robos, estafas, palizas y extorsiones representaban su quehacer cotidiano. Eran una lacra que se empeñaba en surcar el borde entre maleantes y criminales: lo bastante molestos para ser un incordio para todo el barrio, pero no tan importantes como para reclamar la atención de la guardia ducal. Sus delitos e identidades eran conocidos, pero los guardias escaseaban en este extremo de la ciudad y la banda de Hiena conocía demasiado bien las calles.

Sin embargo, un año atrás las cosas habían sido algo distintas. Hiena y los suyos eran simples huérfanos y mendigos que sobrevivían como podían en las calles de la ciudad, apropiándose ocasionalmente de lo que no les pertenecía pero necesitaban. Luda, a sus quince años, fue una recién llegada al grupo. Tras una enorme discusión con su madre, que nunca se había comportado realmente como una madre sino más bien como la propietaria de una mascota molesta e inútil, Luda se marchó de casa, convirtiéndose voluntariamente en una mendiga. No era la primera vez que había discutido con su madre, ni tampoco la primera vez que se marchaba de casa, pero sí sería la definitiva. La muchacha ya había tenido bastante de aguantar gritos y palizas, humillaciones y vejaciones. Se negaba a creer que el mundo podía ser un lugar tan horrible como su madre se empeñaba en afirmar y estaba convencida que algo mejor llegaría si lo buscaba, si no permanecía escondida bajo la cama esperando.

Sus primeros meses en las calles fueron duros. Empujada al barrio de los mendigantes, obligada a pedir limosna a las puertas de los templos y en la Vía del Oro, a pasar frío durante el invierno y a dormir con los perros callejeros, Luda nunca perdió la esperanza. No pasó mucho tiempo antes que conociese a Hiena y sus compinches, puesto que frecuentaban los mismos lugares en busca de misericordia. La muchacha quedó impresionada por el joven y su carismática aura de líder, su espeso cabello oscuro, sus ojos claros y vivarachos, y su sonrisa. Hiena apareció como una especie de héroe salvador, apartando a Luda del acoso incansable de hombres babosos que había perdido todo rastro de orgullo y respeto propio.

Así fue como la pequeña Luda se unió a la banda del Señor de las Calles, que hizo de ella su señora. Al principio todo marchó sobre ruedas. La muchacha se sentía viva, feliz de haber encontrado su lugar lejos de las faldas de una madre cruel. Ya no le importaba vivir en las calles, comer mendrugos de pan y vestir ropas harapientas, porque estaba con él, con Hiena. Su corazón se sentía hinchado por el amor y la devoción. Se entregó por completo al joven de cabellos oscuros cuyos planes iban mucho más allá de mendigar en el lado sur del río Karamay.

Poco a poco, sin embargo, las cosas fueron cambiando. Hiena, con su liderazgo, atrajo a su alrededor a un numeroso grupo de chicos que encontraron rápidamente refugio en la banda, y comenzó a idear nuevas y más lucrativas actividades. Los chicos comenzaron a mendigar de forma hostil, acosando a los parroquianos sin tregua hasta conseguir de ellos alguna recompensa. En ocasiones uno de los más jóvenes se agarraba con fuerza a las faldas de algún

comerciante y, mientras éste intentaba zafarse de él, otros dos jóvenes le vaciaban la bolsa con increíble velocidad. Otras veces bromeaban con veladas amenazas sobre indefensos niños hasta que sus padres accedían a vaciar sus bolsas.

Los pequeños hurtos en puestos de verdura y pan comenzaron a convertirse en planificados asaltos que trataban de apoderarse de la mayor cantidad de comida posible. La fuerza que daba a los jóvenes el ser un grupo numeroso —en ocasiones fueron hasta quince chicos bajo las órdenes de Hiena— se mostró como una herramienta útil y eficaz para hacer presión, especialmente entre los hijos de comerciantes, principalmente sobre aquellos que tenían menos posibilidades de defenderse.

Pero no sólo las actividades del grupo cambiaron. A medida que el grupo crecía y se diseñaban nuevos planes y estrategias, también lo hizo el ego de Hiena. Tras algunos meses el joven líder pareció cansarse de la compañía de una chica canija y enclenque como Luda y posó sus ojos en la hija del alfarero, de robustas carnes y rosadas mejillas. Luda dejó de recibir las mismas atenciones que antaño le concediese el señor de las calles y su presencia pareció volverse molesta. Cuanto más se alejaba Hiena de ella, más se esforzaba Luda por entender qué estaba sucediendo, por perseguirle y tratar de complacerle en todo lo que podía. Cuanto más se alzaba él, más se rebajaba ella, lo que solo pudo ganarle el desprecio y la mofa del líder de la banda.

Pronto Hiena consiguió su objetivo con la hija del alfarero, y con muchas otras muchachas, y Luda quedó relegada a un segundo plano. Los demás miembros de la banda se disputaron la compañía de la chica como perros bajo la mesa peleando por los restos de la cena.

Finalmente ocurrió lo que tenía que ocurrir. Una mañana Hiena había planeado robar comida del puesto de pan de Cántor, ya que sus hijos estaban enfermos y sólo habría que despistar al panadero. Luda y Kakas se apoderaron de un pan de higo de forma bastante evidente, forzando a Cántor a perseguirles. Mientras, los demás miembros de la banda desvalijarían el puesto. El plan funcionó a la perfección y Luda y Kakas corrieron hasta llegar a un callejón sin salida. Allí, Kakas le pasó el pan de higo a Luda y se apresuró a trepar primero por una cuerda que Hiena había preparado. Luda iba detrás, pero una vez Kakas llegó arriba Hiena dejó caer la cuerda y Luda cayó de bruces en manos de Cántor.

El panadero golpeó a la chica con manos y pies durante varios minutos antes de llevarla a rastras hasta su puesto, decidido a entregarla a las autoridades y hacer que le cortasen la mano. Pero Cántor tuvo una desagradable sorpresa al descubrir que su puesto había sido saqueado y Luda aprovechó el momento para golpearle en la ingle, deshacerse de la enorme mano que la atenazaba y escapar por las calles que tan bien conocía.

Desde entonces nunca volvió a saber de Hiena y los suyos más que de oídas. No habían pasado de ser una banda de gamberros con aires de grandeza, conocidos por todos los artesanos y comerciantes del barrio y por la mayoría de los guardias, pero sus actividades se habían vuelto cada vez más arriesgadas y peligrosas, y Luda no dudaba que tarde o temprano acabarían siendo arrestados y ajusticiados, lo que en ocasiones parecía no poder ocurrir lo bastante pronto.

Al atardecer Luda se encontraba sentada en un pequeño alfeizar de la parte interna del Puente del Príncipe. Desde su posición, a veinte pies del suelo, podía contemplar las tranquilas aguas del Karamay a la sombra del viejo puente de piedra.

No se sentía especialmente orgullosa de sí misma en este día, pero al menos tenía la barriga llena. Después del desafortunado encuentro con Hiena, la muchacha se había mezclado con el gentío y había usado sus finos dedos para vaciar algunas bolsas, consiguiendo así unas cuantas espigas de cobre con las que costear su almuerzo. Aunque le resultaba una tarea sencilla, a Luda no le gustaba recurrir a robar el dinero de sus conciudadanos, pues era consciente que en su barrio nadie andaba sobrado y todos trabajaban duro para ganarse el pan. Otra cosa era hacerlo en la parte alta de la ciudad, donde orondos comerciantes hinchaban los precios de sus productos para llenarse los bolsillos. Desgraciadamente, en aquella parte de la ciudad la presencia de la guardia ducal es mucho más severa, y con su aspecto de muchacha pordiosera nunca hubiera logrado pasar desapercibida.

El sol estaba bajo ya en el horizonte y teñía las aguas del río con tonos rosas y anaranjados. La brisa del atardecer se volvió fría y Luda sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Pensó que ya era hora de regresar y descendió lentamente por el muro del puente, aferrando sus pequeñas manos a los diminutos salientes entre los ladrillos.

Con paso ágil y siempre atenta a lo que había a su alrededor, Luda regresó hasta el callejón que llevaba al patio del ruinoso edificio donde se encontraba su refugio. Una vez en el interior se aseguró que no había ocupantes y que nadie había venido tras ella. Todavía

había luz afuera y los mendigos del barrio aprovecharían hasta el último momento para conseguir alguna limosna. Segura de estar a solas, Luda se encaramó a la gruesa viga y trepó hasta el segundo piso y, por el hueco entre dos muros, hasta su escondite bajo la chimenea colapsada de la segunda planta.

Aquí se disponía a acurrucarse en su nicho cuando se llevó una sorpresa que le cortó la respiración por unos instantes. Su cama estaba ocupada.

En el pequeño hueco del hogar, donde Luda había acumulado paja y trapos viejos para hacer una cómoda cama, dormía acurrucado un hombre. Era joven, de unos veinte años, delgado y menudo, con pelo negro y corto. Su rostro era apacible y sereno, y totalmente desconocido para la muchacha. Llevaba un manto pesado, sucio y polvoriento pero de demasiada calidad para ser alguien de esta parte de la ciudad y sus botas de cuero estaban cubiertas de barro seco. ¿Quién podría ser aquel extraño y qué estaba haciendo en su refugio?

La muchacha realizó un examen más exhaustivo, utilizando la máxima cautela para no despertar al intruso. Levantando su manto despacio pudo ver que no iba armado, aparte de un pequeño cuchillo en el cinto. También a la cintura llevaba una pequeña bolsa de monedas, no muy cargada a juzgar por su peso. Entre sus manos parecía haber estado sosteniendo un pequeño fardo de cuero, pero una vez en las tierras del sueño, el intruso había dejado de asirlo con firmeza y ahora tan solo descansaba entre sus brazos.

Luda extrajo de su cinto un pequeño pero afilado cuchillo que había fabricado ella misma a partir de un fragmento de hoja. Lo utilizó para cortar sigilosamente la bolsa de monedas y examinarla más de cerca. Tan solo contenía cuatro espigas y un cuarto de cobre. No

era mucho, pero era suficiente para costearse alojamiento en el Cuerno Roto. ¿Por qué había invadido su hogar aquel extraño entonces?

Sintiendo curiosidad por el fardo de cuero que reposaba entre los brazos del intruso, Luda pensó en el mejor modo de apoderarse de él sin peligro de despertarlo. Buscó a su alrededor y encontró un pequeño trozo de madera oscura que podría hacer un buen sustituto. Envolviendo la madera en un poco de tela vieja, Luda lo introdujo con sumo cuidado entre los brazos del durmiente al tiempo que extraía el fardo de cuero. El intruso musitó algo en sueños y se encogió, aferrándose a la madera al tiempo que Luda daba un último tirón al fardo.

Una vez tuvo el paquete en sus manos y tras esperar durante un par de minutos para asegurarse que el intruso seguía dormido, Luda lo examinó con más detenimiento. Era una pieza de piel oscura forrada de seda azul en su interior, plegada en tres partes y asegurada con tiras de cuero negras. Parecía algo muy valioso, sin tener en cuenta lo que hubiese dentro.

Luda desató las tiras de cuero lentamente y desplegó el fardo en el suelo. En su interior encontró un objeto pesado envuelto en un paño púrpura. Desplegando el paño con extrema precaución, Luda descubrió un pequeño disco dorado compuesto por numerosas piezas móviles que giraban y revelaban extraños dibujos. No tenía la más mínima idea de lo que se trataba, pero era lo más bonito que había visto nunca. Además, algo tan curioso debía de tener gran valor.

Por un momento Luda pensó en devolver el objeto al intruso que dormía plácidamente en su escondite, pero luego pensó que no tenía por qué hacer eso. Aquel hombre extraño se había colado en su casa y estaba

durmiendo en su cama, y ahora Luda tendría que irse y dormir al raso. Sería justo que el intruso pagase un precio por dormir en un lugar seco y seguro como era su escondite, y ese precio sería el extraño disco. En un arrebato de generosidad, Luda devolvió las monedas a la bolsa y la dejó en el suelo junto al intruso. Con suerte captaría el mensaje de que esta no era su casa y que, ya que tenía dinero, debía buscarse un alojamiento más adecuado.

Luda envolvió el disco en el paño y lo ocultó entre los pliegues de su ropa. Decidió dejar el fardo de piel porque, aunque podría pagarle una opípara cena, lo más probable era que cualquiera pensase que lo había robado y acabaría metida en problemas. El disco sin embargo no trataría de venderlo salvo en caso de extrema necesidad. Sería un tesoro particular.

Tan silenciosamente como había entrado, Luda descendió por los muros de piedra quemada y desapareció en la temprana noche de Barandala.

